

Àngel Font

**EL HOMBRE
EMBARAZADO**

*Diario del primer varón gestante
a tiempo real; un enamorado de la vida.*



PUBLI CORINTI



1

Otoño año 2010

Con la mano extendida sobre su vientre esférico, casi un globo, buscaba señales de actividad y movimientos independientes de la vida que se desarrollaba debajo de su peluda barriga. Era un lenguaje cómplice, descifrado y comprendido desde hacía sólo unas semanas, cuando captó el primer empuje fetal. Un día memorable, de ésos que el calendario mental marca con números rojos: un día festivo para el alma.

Cada vez que se estiraba en el sillón para recoger sus raciones diarias de debate político, Piaf llamaba su atención, como cualquier niño cuando ve a su padre enfrascado con los telediarios y pidiendo silencio para estar al día sobre lo que pasa en el mundo.

Con sólo cinco meses de vida, y sin haber visto todavía la luz, Piaf protestaba al sentirse reemplazada por las noticias. Piaf, que ya había pasado el ecuador fetal, se habría sonrojado de haber podido ver, a través del vientre paterno, cuáles eran las imágenes televisadas que tenían absorto y alelado a su padre; y no por ser éstas escandalosas o sensacionalistas, sino por resabidas hasta el hastío.

El Presidente de la Oposición insistía en uno más de sus inútiles empeños; el Presidente del Ejecutivo respondía, como siempre, sin aclarar gran cosa. Mientras uno llevaba meses pidiendo explicaciones por todo, el otro parecía no tener prisa por nada. Daba por

Àngel Font

no oídas cuantas imprecaciones, a veces improprios, se le hacían. El Presidente de la Oposición y sus delfines se turnaban infatigables. El Presidente del Gobierno y la Vicepresidenta se afanaban en su coherencia. Sabían que la pequeña pantalla, ahora más grande –por lo del plasma–, mostraba a sus próximos votantes imágenes, normalmente más bochornosas que edificantes, sobre lo que pasaba en el país.

Si éstos eran los padres de la patria, el patrón modelo que nos gobernaba, habría que explicar a niños y jóvenes que aquello era un misterio más incomprensible que el de la Santísima Trinidad. Mejor no intentar indagar en su interior y buscar otros modelos, otros ídolos menos feroces, más locuaces, menos desvergonzados.

–*¿Cómo quieren evitar la abstención en las campañas electorales?*
–se repetía Jonás –. *¿Eh, Piaf? ¿Tú que dices a esto?*

Miró su vientre y siguió paseando su enorme y paternal mano por la curvada y tersa piel. Cogió el tubo de crema que siempre llevaba en el bolsillo del albornoz y, sin dejar de hacer *zapping* para conocer el mayor número posible de versiones sobre la misma noticia, fue escampando la crema por todo el perímetro abdominal.

A Piaf le gustaba. Lo supo por la respuesta, en señales: pequeños y repetidos golpecitos. Esto le derretía el corazón, y le trajo a la memoria el día que, al fin, alguien le dijo que su idea era descabellada pero científica y clínicamente posible.

–*¡Bien! ¿Qué pasada! Si es posible para la ciencia... ¿Por qué no?*

Lo dio por hecho, ya no quiso escuchar nada más. La voz del doctor Govi sonaba como un susurro de fondo mientras Jonás empezó a notar imaginarias pataditas. Daría su vida por alcanzar esa sensación tan extraña para un hombre, esa muestra tan entrañable de amor. Un amor triunfal, sublimación de la capacidad humana, que le conminaba a superar su propia naturaleza con un único fin: la necesidad instintiva de reproducirse desde el más noble de los sentimientos.

Soportaría hasta lo insoportable. Había ya un antes que le empujó hasta aquí, un trayecto cruel, o peor, infernal. Y habría un después durísimo y arriesgado. Todo, absolutamente todo, no significaría nada si un día llegaba a sentir aquellas señales de una nueva vida nutriéndose en sus entrañas.

Las voces descontentas de los miembros del Gobierno y de la Oposición le devolvieron a la realidad presente del telediario de las tres.

El hombre embarazado

—*Os ponéis nerviosos por nada.*

Viéndoles enfrascados en lo que parecía su único trabajo de todos los días, Jonás se daba cuenta de cuán alejados estaban de la realidad de los ciudadanos. El común de la gente vivía, vibraba, quería ser feliz y luchaba por ello. Los que tenían hijos pequeños daban su tiempo y su devenir laboral por bien empleados esperando tan sólo lo más hermoso de la vida: asistir al crecimiento feliz de su prole en el entorno del hogar. Quienes tenían ancianos en casa se desvelaban por ellos, igual que un día ellos mismos recibirían el cuidado de sus hijos. La vida es un círculo maravilloso que rueda impulsado por unos que llegan y otros que se van.

A Jonás, un apasionado de la actualidad política, se le subían los colores en solitario viendo el círculo vicioso, más aún, el circo feroz de la actualidad política: nada que ver con el círculo maravilloso de la realidad cotidiana.

Las televisiones retransmitían fragmentos de acalorados debates en el Parlamento. A más insultos, incluso ordinarièces, más interés tenían para ser retransmitidos en todas las cadenas. Lo que la censura de antaño habría eliminado, hoy se exhibía como plato fuerte. Y esos mismos políticos, en un alarde paternal de legítima autoridad, denunciaban cual maestro enfadado con el alumnado:

—*Hay que acabar con la telebasura. La televisión debe dar programas de nivel, debates ejemplares, documentales, informativos...*

Y Jonás se avergonzaba en solitario. ¡Pero si ellos hacían un programa de telebasura parlamentaria un día sí y el otro también!

Jonás puso un poco más de crema en su palma derecha. Había comido a la una. Lloviznaba. No hacía frío, pero la sensación era invernal, así que encendió la chimenea. Era octubre, época de castañas y setas, tiempo de encender el fuego e inundar la casa de olor a troncos de encina. La vivienda estaba rodeada de torres, aunque por el lado de poniente no se había edificado todavía. Así que una vez dormida la siesta, y si Piaf estaba de acuerdo, iría a coger más setas, pero ahora... Escuchaba por tercera vez al ministro del Interior, una metralleta, nunca soltaba el gatillo hasta disparar todas sus balas... Él y el paladín del Presidente de la Oposición eran sus nanas favoritas para acunarle en sus siestas diarias de las tres y media.

Casi dormido, puso un tronco de pino encima de los de encina. El chisporroteo de la corteza de pino y el susurro lejano del Parlamento le llevaron directamente a las imágenes del inconsciente.

Àngel Font

–Yo ya no estoy, tú eres fuerte, ya se te ocurrirá la manera. ¡Por Dios, salva al niño!

–Puri... ¡Joder, Puri! No me hagas esto.

El médico le susurraba a la oreja:

–¡Jonás!, ¡Jonás!... Esto se acaba. Ven, hablaremos de Puri y del niño.

–No doctor, no, ya no quiero saber nada más, quiero despertar, esto sólo es una pesadilla. ¡Debo despertar! ¡Me vais a volver loco!

Jonás despertaba, huía de su mal sueño y despertaba a la vida llamada real.

La única diferencia estaba en el tiempo. Sus sueños transcurrían en tiempo presente. Cuando alcanzaba la lucidez, la pesadilla era la misma, pero en tiempo pasado; la misma jodida pesadilla, matutina, vespertina, nocturna, la de la siesta; con la que se dormía, con la que había aprendido a convivir.

Puri siempre tuvo la obsesión del cáncer de mama. Cuando nació su hijo se alegró de que fuera un varón.

–¿Estás satisfecha? Mira qué niño tan hermoso me has sabido dar.

–Oh, sí, gracias a ti... ¿Sabes qué te digo, Jonás? Que me alegro de que sea un niño, ya no tendré que preocuparme por su cáncer de mama cuando...

–Calla, Puri, calla y duerme un poco.

Jonás la besó en la frente, cogió sus manos y las acarició hasta verla cerrar los ojos.

Su madre estuvo a punto de morir a causa del fatídico cáncer cuando ella era sólo una niña. Eso la obsesionó toda su vida. Entreabrió los ojos como quien corre las cortinas lo justo para poder espiar:

–Vi morir a mi madre, pero no veré morir a nuestro hijo –hacía sólo unas semanas que su madre había fallecido.

–Hoy es un día muy feliz, no hablemos de muerte, hoy es un día de vida... –Jonás no pudo acabar la frase, la besó otra vez.

Cuando uno halla un tesoro, lo primero que piensa es en cómo actuar para que nadie se lo robe. ¿Y qué mejor tesoro que la vida? La mamá se erige en custodio, no dejará que nada pueda arrebatarse ese milagro, el mayor de los dones, el único. O la vida o la nada. Puri sabía muy bien qué era la nada. Vivió las últimas semanas añorando, llorando a su mamá, pero no regresó, no vino a consolarla.

El hombre embarazado

Puri y Jonás criaron a su único hijo con un cuidado y un amor desmesurado. Así de literal: no había medida para medir lo que le dieron ni menos aún lo que habrían sido capaces de darle. Custodiaron su tesoro sin privarle del segundo don después del de la vida: la libertad. Un amor excesivo puede coartar la libertad. El amor puede pecar de todo, menos de excesivo y de egoísta. El egoísmo es el carcelero de la libertad.

Jonás recibió con agrado la decisión de su hijo. No iba a ejercer como abogado. Acabada la carrera y con dos años de práctica jurídica, pensó que su padre merecía recibir algo de todo lo que le había dado. La cara oscura del bufete donde trabajó medio año escaso le ayudó a tomar la decisión.

—Francamente, papá, tú y mamá me habéis educado para algo mejor que para sembrar cizaña, liar las cosas y cobrar para desliarlas.

Al ver que no lo decía en broma, que no esbozaba una irónica sonrisa, el padre le contestó:

—No hables así de los hombres de la ley.

—Venga, papá, no seas *chorra*. Llevo entre abogados más de siete años. Guarda tu dinero, olvida mi bufete y prepárame un despacho al lado del tuyo. Te ahorrarás el asesor jurídico y el contable de pacotilla que tienes.

Jonás había heredado de su padre un pequeño taller de mesas y palas de *ping-pong*. En pocos años se reconvirtió en una empresa con capacidad exportadora. Ahora trabajaban con copiadoras que serraban los tableros de las palas, y troqueladoras que sacaban automáticamente y con toda precisión los materiales más modernos para recubrirlas.

Muchos campeones del mundo sólo utilizaban palas de su marca. Eran ligeras, anatómicas y con un material semiacolchado de gran agarre, capaz de dar velocidad, frenada y efecto imparables. Jonás dedicó toda su experiencia y saber a esta peculiar especialidad.

A Jonás le costaba dormirse y le costaba despertarse. Pero sus pesadillas no tenían nada que ver con la decisión de su hijo ni con los

Àngel Font

años que trabajaron juntos; tampoco con su nacimiento, ni con los temores de Puri por acabar, co-mo su madre, teniendo un cáncer de mama. Sus sueños lúgubres eran por Puri, por los últimos tiempos que vivió al borde del colapso total.

Jonás pudo con todo, no sin sufrir un gran dolor, el peor de los tormentos, pero fue capaz de sobrepasar sus propios límites. No obstante, e incluso siendo poseedor de una fortaleza tan grande, no consiguió dominar la tortura que le ocasionaban las pesadillas. Estaba en ello, hallaría la forma de derrotarlas.

Era de admirar esa capacidad innata para superar dificultades. Y también era admirable ver cómo pasaban los días sin que la pareja Jonás-Puri se derrumbara por nada. El amor que se profesaban y el mutuo respeto que se tenían individualmente había que multiplicarlo por dos. Eran dos seres independientes que vivían aunados. Como individuos eran vulnerables; en sus vivencias colectivas y en sus sentimientos eran una auténtica fortaleza, la punta del vértice.

Su comunicación nació del encuentro positivo, de la necesidad de ayuda mutua.

Todo empezó en un bello paraje boscoso.

Jonás subía en solitario el pico del Montseny. A medio camino oyó voces de excursionistas, probablemente mujeres, por la forma en cómo reían y por su capacidad de subir sin parar y sin callar. Eran seis chicas. Él subía sin prisas, ellas como si fueran a coger el autobús.

—Por favor, hay una que viene rezagada, dile que acelere el paso, que siga las señales del camino.

No pudo acabar la frase:

—A no ser que quieras hacerle compañía, es muy guapa...

Una tercera cortó con cierto descaro, en un arrebato del típico desparpajo que atemoriza a un hombre que va solo y se encuentra con varias jóvenes del otro sexo:

—Pero tranquilo, cuando se cruce contigo correrá asustada.

—¡Ja, ja, ja...! —rieron todas, entre divertidas y avergonzadas por la falta de respeto hacia una amiga que no podía escucharlas.

Minutos después oyó tras de sí el inconfundible ruido provocado por el choque de piedras debajo de unas botas de excursionista. No podía ser un hombre, era un sonido débil, más bien el de una pluma empujada por el viento.

El hombre embarazado

A Jonás se le aceleró la respiración, estaba ante una situación única en su vida. Sus oídos seguían martilleados por lo de *–Es muy guapa. Hacerle compañía. Correrá asustada.*

–No, no, no quiero asustarla –meditaba sobre cómo lograr que no saliera corriendo. Acortó el paso, quería que le alcanzara.

Tan suave era su caminar... que Jonás se imaginó por unos momentos atrapándola con un cazamariposas: con sumo cuidado, para no resquebrajar sus alas. *–No temas* –le diría–. *Te he cazado para amarte y no para dañarte.* Desenredaría la red de su larga melena dorada, se arrodillaría a sus pies y le besaría ambas manos. ¡Qué mujer se puede resistir a una galantería así, por *kitsch* que parezca!

Jonás estaba todavía en lo del cazamariposas cuando oyó el leve gemir de una joven angustiada, que intentaba disimular una infortunada vomitera.

Corrió cuesta abajo.

–¿Puedo ayudarte?

–Lo siento. ¡Qué vergüenza!

–¿Te encuentras mal?

–Mal no, peor.

–¿Quieres que toque el silbato para que regresen tus amigas?

Puri no pudo escucharle, se metió otra vez entre un seto y acabó de vaciar su estómago. Salió tambaleándose, parecía a punto de desplomarse. Jonás se liberó por una vez de su excesivo pudor para todo lo que concernía al otro sexo y la cogió justo a tiempo.

Sabía lo que tenía que hacer y lo estaba haciendo, aunque no podía hacerlo sin dejar de pensar que tenía por el talle la cintura más delgada que jamás se pudo imaginar. Puso una mano debajo de su cabeza y la estiró en la hierba del lado del camino. Desabrochó el cinturón y el botón de su pantalón corto y un par de botones de su camisa. Vertió agua de su cantimplora sobre su mano y se la frotó por la nuca. Eso aligeró su desmayo. Jonás la incorporó suavemente y puso su cabeza entre sus piernas. Se había sentado en cuclillas sabiendo muy bien para qué.

La estampa era tanto o más romántica que una merienda campestre de Renoir.

Jonás sacó un pañuelo de algodón, limpio, planchado, blanco. Nunca lo tenía que usar, pero siempre llevaba uno en el bolsillo derecho del pantalón. Normas de la abuela paterna, ratificadas por su madre.

Àngel Font

—*Al fin sé para qué sirve mi pañuelo*—. Lo hizo volar al viento hasta desplegarlo del perfecto planchado y lo pasó por la comisura de los labios de su amada desconocida. Limpió su barbilla de muñeca y sus mejillas coloradas como pétalos, señal inequívoca de que se estaba recuperando.

—Lo siento, te he ensuciado el pañuelo.

—No, por Dios, llevo este pañuelo desde el día de mi primera comunión. Quince años preguntándome para qué serviría... —Y acto seguido pensó: —*¡Dios! ¿Por qué digo chorradas?*

—Ayúdame, debo seguir mi marcha, mis amigas...

—Tus amigas se creerán que has preferido mi compañía a la suya. De lo contrario ya habrían regresado a por ti. ¿Cómo te encuentras? —Seguía pensando que decía tonterías.

—Mejor, creo que bien. Yo quería ir en los asientos de delante del coche, sabía que me marearía con tantas curvas. Pero todas dijeron lo mismo, aunque yo fui la única que se mareó. No volveré nunca más al Montseny...

—¿Has visto la fuente que hay abajo, justo donde empieza este camino?

—Sí, allí hemos dejado el coche.

—Pues vámonos, esperaremos a que regresen. —La acababa de conocer y ya había perdido esa mezcla de temor y vergüenza que le solían producir todas las mujeres.

—¿Puedo cogerte del brazo?

Puri quiso decirlo con naturalidad pero le salió fatal, lo miró de reojo como queriéndose disculpar, pero Jonás ya la tenía cogida, otra vez, por el talle.

—Pasa tu brazo por detrás de mi cintura. Si te caes, nos caemos los dos. Aunque lo dudo, ¡pesas tan poco!

Si te caes, nos caemos los dos: una frase que convivió silenciosa en su corazón hasta el fin de sus días.

—¿No son demasiadas confianzas? Nos acabamos de conocer...

—Y ya te he desabrochado el pantalón y la camisa...

—Sí... Sí... Ya lo veo —decía mientras intentaba recomponer sus ropas.

Y así empezó todo. Los dos tenían veinticinco años, se gustaron, se buscaron y se enamoraron con toda la pasión de esa edad y de las edades que después vinieron. Ella compaginaba el trabajo de ama de casa con algunas ayudas en el taller de su suegro. Cuando

El hombre embarazado

nació su único hijo emplearon una asistenta, de modo que Puri pudo continuar ayudando en la fábrica de palas de *ping-pong*.

Pasaron los años fértiles, aquéllos que son más apropiados para la procreación. No hicieron nada para evitar tener más hijos, más bien al contrario, pusieron en ello todo su empeño, amor y placer. Todo resultó inútil, salvo, claro está, lo que queda del amor compartido: noches y siestas, vacaciones y fines de semana saturados de placeres y legítimas lujurias.

Puri dio el pecho a su hijo hasta que Jonás le rogó que lo dejara:

–A ver si irás con él al servicio militar para poder darle de mamar.

–Cuanto más tiempo se lo dé menos riesgos corro de morir como mi madre...

–Tranquila, creo que con tanto tiempo ya estás vacunada.

El niño creció fuerte y lleno de salud. Sólo tuvieron un susto y no fueron anginas, ni varicela, ni ninguno de esos virus que atacan a los bebés.

Tenía nueve años, los tres estaban esquiando en La Molina. Desde que cumplió los cinco se deslizaba sobre la nieve como un esquimal. Pero aquel día la fatalidad quiso que el vigilante del final del telesilla estuviera distraído coqueteando con una de sus conquistas. Como siempre Jonás advirtió:

–¡Ojo, viene un niño!

El joven no pudo oírlo. Cuando se navega por el séptimo cielo, nuestro planeta queda tan alejado...

La silla anterior iba con un monitor y dos niños. Los tres rodaron por la nieve. Jonás quiso ayudar a su hijo y a su esposa... Todo inútil, él también salió rodando de culo. El hijo quedó triunfalmente de pie. Su padre le chilló:

–¡Al suelo! ¡Tírate al suelo!

Demasiado tarde, la silla vacía que venía detrás le golpeó en el culito y lo arrastró mal sentado en ella.

Jonás lo observaba impotente desde el suelo:

–¡¡Sal...ta!! ¡¡Sal...ta!!

Àngel Font

Saltó demasiado tarde, quedó colgado al principio del nevado precipicio.

Mientras Jonás se liberaba de los dos esquís, el joven vigilante del telesilla bajó de las nubes, paró el motor y corrió al lado del precipicio. Ni rastro del niño.

Jonás, al no ver a su hijo, chilló desesperado:

—¡La puta madre que te parió!

Dicho lo cual le pegó un brutal empujón al conquistador de pollinas de la nieve. Éste salió volando por la pendiente; Jonás se lanzó tras él, pegando un brinco felino.

A pocos metros halló a su hijo medio cubierto por la nieve. Todavía llevaba colocados los dos esquís. Cargó con él y empezó el temerario regreso a la cumbre. El joven encargado de los remon-tes intentaba moverse con nieve hasta el cuello.

—¡Ayúdeme, por favor!...

—No te muevas; primero, mi hijo; cuando llegue te echaremos una cuerda.

Tras el titánico ascenso, cayó al suelo falto de respiración. Unos le aplaudían, mientras otros tiraban un par de cuerdas para rescatar al vigilante. Puri lloraba abrazada al niño, sin quitarle ojo a su marido, así que pudo ver cómo se le acercaba el típico chulo de las nieves y le decía:

—¡Qué valiente eres con los críos! ¡Eres un bestia! ¿Pero tú qué te has creído?

Puri cogió su palo de esquiar y se acercó al bravucón que se atrevía con su marido, todavía incapaz de levantarse: un hombre arrogante, quemado de cara y necesitado de protagonismo.

—¡Atrévete a repetir lo que acabas de decirle a mi marido!

—¡Señora, su marido es un mierda que ha podido matar al pobre chaval!

Puri no se lo pensó dos veces, su palo fue directo a la barriga del chulo de las nieves. Éste, para evitar la feroz agresión, lo agarró hábilmente con ambas manos, pero perdió el equilibrio y rodó por el mismo sitio que había saltado su marido poco antes. Por fortuna no fue a parar tan lejos como su hijo, así que no le fue difícil volver a subir para escuchar los aplausos que los esquiadores dedicaban a la enfurecida madre y los abucheos destinados a su inadecuado proceder.

Jonás, ya repuesto, corrió para ayudar al joven vigilante. Ayudado de un par de cuerdas, el muchacho estaba llegando arriba.

El hombre embarazado

—Lo siento, aunque si le pasa algo a mi hijo... Lo habrías pagado muy caro.

—Perdón, tiene razón, sólo soy un amigo del vigilante... Se fue a comer algo y me pidió que...

—No me interesa tu historia. Aquí vienen muchos niños y hay que vigilarlos.

Desde aquel suceso hasta hoy el tiempo dio un salto tan grande... Muchas vidas se perdieron por el camino, como si la vida fuera el único alimento del tiempo.

—*Dios mío, qué duro ha sido todo*— pensaba Jonás vestido con un mono tejano de disimulo, mientras su cesta se iba llenando de las cuatro variedades de setas que conocía. Su abuelo le enseñó a reconocerlas y su padre las autenticó comiéndolas a la plancha, con unos trocitos de ajo.

Jonás sonrió. Cualquiera que le viera se partiría de risa. Buscaba setas acompañado del mini perro blanco de su mujer y del enorme gato negro de la familia; cincuentón barrigudo, barbudo, desgrefado, con un mono de película americana del oeste. Aunque la sonrisa de Jonás no iba de eso: era el recuerdo feliz, de años pasados, irrepetibles. Almacenó tanta felicidad, tanto goce por aquellos momentos vividos, que, si los dosificaba bien, podría vivir el resto de sus días sólo de recuerdos. Cada instante de la vida que le quedaba podría ser un día hermoso. Bastaba con leer unas páginas del guión que vivió durante tantos años.

Como ahora; sonreía por lo de su mujer, cuando el chulo de las nieves acabó el ascenso de regreso a la cima de la cual lo acababa de arrojar. Iba lleno de nieve, su figura era tan divertida como la de los cómicos de las películas que se caen encima de un pastel de nata. Aunque lo más curioso era verle todavía agarrado al palo de Puri, como si quisiera arrancárselo del estómago:

—¡Y ese palo es mío! ¡O me lo devuelves o te empujo con él otra vez!

—*Es que Puri era la pera. ¡Dios, qué mujer!*